

descubriendo la inminencia del peligro, avisó al mariscal Davout de su partida, y estrechóle á que le siguiera, pues no habia que perder minuto. A la sazón comenzaba la noche, dentro de Krasnoe llovian las balas, y la confusión llegaba á colmo. Las tres divisiones de que aun disponia el mariscal Davout, y que no contaban mas que cinco mil hombres, siempre sin artilleria, clamaban porque no se las sacrificara esterilmente y de seguro á la muerte ó al cautiverio. Atúvose pues el mariscal Davout á la órden de seguir el movimiento del mariscal Mortier, que á la sazón era la única ejecutable. A la verdad el mariscal Ney se hallaba abandonado. ¿Pero de quién era la culpa, si era de alguno, si no del que, en vez de salir en masa de Esmolensko, salió en columna larga de tres marchas? Hasta cerrada la noche aguardó el mariscal Davout por si oia algo hácia el camino de Esmolensko; pero, no habiendo partido Ney de allí hasta el 17 por la mañana, no podia llegar delante de Krasnoe hasta el 18 por la tarde. Con diferir mas la espera, sin salvar á Ney, se exponian las tres divisiones del primer cuerpo á quedar prisioneras ó á ser destruidas. De consiguiente el mariscal Davout se puso en camino para Liady acosado de continuo por una caballeria numerosa, y volviéndose á cada paso para hacerla cara. En Liady habian hecho alto Napo'eon y la Vieja Guardia. Entre este punto y Krasnoe bivaquearon Mortier y Davout á campo raso y como les fué posible. Al dia siguiente marchó la cabeza del ejército sobre Doubrowna, la cola sobre Liady, estando consternados todos por la suerte que aguardaba al mariscal Ney, á pesar de legoismo que cunde en los grandes desastres.

Bien habriamos dejado en estas jornadas del 16 y el 17 como cinco mil muertos ó heridos, todos perdidos para el ejército de igual modo, sin contar seis ú ocho mil rezagados, que en las relaciones, extravagantemente falsas de los rusos, se contaron como prisioneros cogidos sobre el campo de batalla. Ademas perdimos gran porcion de bagages, de cañones y de arcas abandonadas. Pero la mayor pérdida de que estábamos amenazados era la del cuerpo entero del mariscal Ney y de la division de Ricard, que le fué confiada. Despues de hacer saltar las torres de Esmolensko, de enterrar ó de arrojar al Dnieper toda la artilleria que no podia llevar consigo, y de empujar por delante á cuantos hombres pudo de los que habian contraido la costumbre de marchar á la desbandada, partió el mariscal Ney de Esmolensko el 17 por la mañana, esperando tener al enemigo sobre su espalda y aun sobre sus flancos, preparándose á hacerle cara vigorosamente, bien que no suponiendo que le habia de hallar á su paso, como una impenetrable muralla de hierro. Verdad es que el mariscal Davout le envió el 16 por la noche desde Koritnia un aviso de los peligros que se anunciaban para la jornada del 17; pero habiéndose interpuesto muy luego el enemigo, ya no hubo manera de que se comunicaran uno con otro; circunstancia de las mas fatales, pues, avisado Ney oportunamente, pudiera salir por la derecha del Dnieper de Esmolensko, y ganar quizá á Orscha, por medio de una marcha de noche, antes de que avisados los rusos pasaran este rio sobre el hielo, aun no sólido por todas partes. Alentándole su habitual confianza y careciendo de exactas noticias, partió pues el 17, segun se habia

convenido, llegó por la noche á Koritnia, á la hora en que el grueso del ejército se veia obligado á evacuar á Krasnoe, oyó el cañoneo sin que le causara sorpresa, y preparóse á superar el obstáculo al día siguiente, según lo habian ya hecho sus camaradas. Creia que por donde habian pasado otros, pasaria igualmente, y á otro día, que era el 18, encaminóse hacia Krasnoe.

Primeramente llegó la division de Ricard delante del enemigo. Acostumbrada á no andar en vacilaciones, guiada por un oficial distinguido, que anhelaba salir de la desgracia en que le hizo caer de Oporto, marchó resueltamente contra los rusos. Habiéndose estos alineado en masa al borde de la quebrada del Lossmina, tenian sobre su frente una artillería formidable. En un instante la infeliz division de Ricard fué acribillada y perdió mucha de su gente. Aguardó al mariscal Ney, y llegando éste y viendo el peligro, sin titubear dispuso todo su cuerpo, así como la division de Ricard en columnas de ataque, para caer sobre la línea enemiga y abrirse paso.

Instantaneamente se formaron sus tropas. Despues de cruzar la quebrada el regimiento 48.º, que ocupaba la extrema derecha, debia lanzarse sobre los rusos á la bayoneta, y tratar de repelerlos hácia la izquierda del camino.

Todo el resto del cuerpo de ejército habia de seguir este ejemplo, agolpándose á la izquierda y repeliendo por este lado á los rusos, para penetrar despues en Krasnoe. Jamás tropa bien conducida sostuvo fuego semejante mas briosamente. Recibidas fueron por la metralla las columnas de Ney apenas asomaron al borde de la quebrada. A ella

bajaron y subieron por el lado opuesto, siempre bajo aquella metralla espantosa y sin ser detenidas en su empuje. Hasta lograron quitar algunos cañones al enemigo; pero abrasadas por cien bocas de fuego, acometidas á la bayoneta, fueron repelidas al fondo de la quebrada, y arrolladas hasta su punto de partida. La vista de las columnas rusas, unas detrás de otras, pues el ejército de Kutusof se hallaba allí entero, no dejaba ninguna esperanza. Siete mil combatientes, reducidos á cuatro mil en una hora, no podian romper ciertamente por entre cincuenta mil hombres formados en batalla. De consiguiente renunció Ney á tal tentativa, aunque sin pensar en rendirse ni en entregar su espada á los rusos. El partido que iba á adoptar salvaria menos hombres que salvara una capitulacion, y aun los expondria á perecer casi todos, pero salvaria el honor del ejército y el suyo. No vaciló nada. Formó la resolución de esperar el fin del día fuera del alcance del fuego, y aprovechar despues las sombras de la noche para cruzar el Dnieper y escaparse por la orilla derecha, lo cual pudo hacer desde el mismo Esmolensko, si le llegara á tiempo un aviso. Por desgracia para cruzar el Dnieper solo contaba con el hielo, que podia muy bien no presentar solidez bastante para que un ejército lo pasara, aun siendo muy intenso el frio. Con su habitual confianza, no concibió al parecer el mariscal Ney duda alguna sobre el estado de la corriente, y habiéndole querido hacer alguna observacion uno de sus oficiales, le dijo bruscamente que el Dnieper debia estar helado; que se hallaria tal que se pasara sobre el hielo ó de otro modo, y que se pasaria sin duda, fuera como fuere.

No sospechando los rusos lo que meditaba, y viéndole colocarse fuera del alcance del fuego, se creyeron seguros de tenerle prisionero al día siguiente, y quisieron dejarle el tiempo de la resignación, con el fin de ahorrarse á sí propios una efusion inútil de sangre. Por la tarde le enviaron un parlamentario para hacerle conocer su situación desesperada, y decirle que ochenta mil hombres (no eran mas que cincuenta mil y bastaban) le obstruían el camino; que de consiguete se hallaba sin recursos, que debía pensar en capitular, y que por lo demas se le otorgarian condiciones dignas de la bizarría de sus soldados y de su alto renombre. Ni aun se dignó el mariscal responder al parlamentario, y receloso de que su vuelta diese alguna luz al enemigo, le retuvo prisionero, diciéndole que le queria tener por testigo de la respuesta que preparaba al principe Kutusof. Ya de noche juntó á cuantos aun eran capaces de sostenerse, á cuantos conservaban alguna fuerza moral y física, dejando tristemente la tierra cubierta de muertos, de heridos y de los que habian llegado al cabo de su constancia. Encaminóse hácia el Dnieper silenciosamente. Con la oscuridad y la confusion que reinaba, era de temer que equivocara la direccion de su camino y cayera en medio de los bivaques de los rusos. Un riachuelo helado, que debía desaguar en el Dnieper sin duda, sirvióle de guia. Siguiendo su curso, llegóse á la orilla del rio. ¡Feliz favor de la naturaleza debido al heroismo del mariscal y de sus soldados! Helado estaba el Dnieper, no muy solidamente, bien que lo bastante para pasar con precaucion, y asegurándose á cada paso de la resistencia del hielo sobre el cual se caminaba. En

ciertos puntos se halló manera de echar algunas tablas, y pasóse á la orilla opuesta.

Mas arduo era el paso para la artillería y para los carros de bagages. Algunos cañones pasaron y tambien algunos carros. Se abandonaron los demas, cuidándose poco de lo que no podia seguir adelante, y no propendiendo mas que á salvar lo que podia aun marchar resueltamente y sin descanso hasta la extincion total de las fuerzas. En salvar su honor y el de su cuerpo tenia empeño el mariscal, mas de ningun modo la vida de sus soldados.

Cruzado el Dnieper se torció á la izquierda, yendo á lo largo del rio en direccion de Orscha. Quince ó diez y seis leguas habia que andar por un pais desconocido, y de consiguiente no se podia perder instante. Primero cruzóse una aldea llena de cosacos, si bien dormidos: se les quitó la vida, y siguióse adelante. Al despuntar la aurora del 19, marchando siempre á toda prisa, se descubrieron nuevos cosacos sobre los flancos, en corto número todavía, y no se hizo caso de ellos. Como á medio dia se hallaron varias aldeas, cuyos habitantes sorprendidos abandonaron algunas provisiones, que se apresuraron á devorar nuestros hambrientos soldados. Apenas terminada esta comida, se presentaron los cosacos, muy numerosos ahora, mandados por Platow mismo, y trayendo su artillería sobre trineos como los días anteriores. No eran capaces de romper los cuadros de nuestros intrépidos infantes, pero si de hacernos perder tiempo y gente, pues á veces habia que pararse para formar los cuadros, rechazar á los ginetes enemigos, y que emprender de nuevo la marcha, y en estas evolu-

ciones se dejaban siempre heridos y extenuados de fatiga. A eso de la caída de la tarde se vió asaltado el mariscal Ney por tal masa de enemigos y envuelto de tal modo que el camino pareció cortado. Así y todo, refugiándose en los bosques extendidos á lo largo del Dnieper, defendióse al borde de una quebrada hasta la noche. Ya cerrada esta marchóse á la ventura por entre estos bosques, dispersándose á menudo y avanzando en medio de horrosas perplejidades. Como á media noche, sirviendo de señal las hogueras, vinieron á juntarse unos á otros en torno de una aldea, donde se hallaron algunas provisiones. A las dos de la madrugada emprendieron de nuevo la marcha, con ánimo de atravesar el 20 las pocas leguas que faltaban para Orscha. Sin hacer caso de la fatiga de los que ya estaban extenuados de resultas de las jornadas del 18 y del 19, se lanzaron al camino con la esperanza de superar las últimas dificultades, si como el dia anterior solo venian persiguiéndonos los ginetes de Platow, por numerosos que fueran estos.

Por desgracia á medio dia hubo que cruzar una extensa llanura, en la cual las bandas de Platow, mas fuertes que el dia antes, se arrojaron sobre nuestros peones con mucha artillería. Inmediatamente el mariscal Ney formó los restos de su escasa tropa en dos cuadros, colocó dentro de ellos á algunos pobres rezagados, que se habian agregado á su columna, algunos soldados que no pudieron seguir sino abandonando sus armas, y los mantuvo contra los repetidos ataques de los cosacos, que hacian punto de honra vencer una vez por lo menos á un trozo cualquiera de infantería francesa.

Ahora era el caso de obstinarse hasta conseguirlo, tan poco numerosa era en este encuentro, tan numerosos eran ellos, y tan grande era la gloria de coger prisionero ó de matar siquiera al mariscal Ney de una lanzada. Sin embargo, no hubo nada. El ilustre mariscal sostuvo á sus soldados, próximos á desfallecer muchas veces de cansancio y de desaliento, porque aun no se divisaba á Orscha. Despues de rechazar á los cosacos y de matarles mucha gente, ganóse una aldea, donde se encontró abrigo y se tomó algun alimento. Un polaco habia enviado el mariscal á Orscha para llevar la noticia de su milagrosa retirada y pedir socorro. Hacia allí marchó durante la tarde y llegó muy cerca de noche. Con cierta especie de asombro indecible, á una legua de distancia distinguió columnas de tropas. ¿Acaso eran franceses ó rusos? Siempre confiado el mariscal y contando con el aviso que despachó á Orscha, no titubeó un punto, siguió adelante y oyó hablar francés: eran el principe Eugenio y el mariscal Mortier, que á la cabeza de tres mil hombres llegaban en auxilio de su camarada, de quien se habian separado con tanto dolor como remordimiento. Se tendieron unos á otros los brazos, se estrecharon con efusion en ellos, y en todo el ejército no se oyó mas que un grito de admiracion sobre el heroismo del mariscal Ney.

De seis á siete mil hombres llevaba mil doscientos á lo sumo y moribundos de cansancio, é incapaces de ser útiles hasta rehacerse física y moralmente; pero llevaba el honor, su nombre, su persona, y habia hecho expiar al enemigo con una verdadera confusion las crueles ventajas de los últimos dias. Al saber Napoleon en el castillo de

Baranoui, adonde se dirigió desde Orscha el día 20, esta vuelta inesperada, estremeciósese de alegría, pues se le acababa de aborrrar la humillacion cruelísima de que se dijera por Europa que el mariscal Ney habia quedado prisionero de los rusos. Napoleon tuvo la debilidad de hacer que sobre el mariscal Davout pesara el cargo del abandono de Ney y su tropa. Toda la culpa de estas desastrosas jornadas consistia en haber salido de Esmolensko en tres destacamentos separados con veinte y cuatro horas de intervalo unos de otros, y en haber proporcionado al enemigo de esta suerte el medio de copar una parte del ejército francés cada día; y si el último de estos días funestos hubo culpa en el abandono del mariscal Ney, sobre nadie recaia mas que sobre Napoleon, que en vez de detenerse un día mas para esperar á la retaguardia y salvarse todos juntos, se alejó de Krasnoe, dejando allí al mariscal Davout con cinco mil hombres, sin un cañon, casi sin cartuchos, mas comprometido que el día antes, reducido á partir sin demora ó á rendir las armas, y con orden de unirse á Mortier á mayor abundamiento. No obstante, ahora no tenia que dirigirse Napoleon ningun cargo, pues de no abandonar á Krasnoe, todo el ejército quedara prisionero; mas por lo mismo no debia hacer pesar la responsabilidad de esta resolucion sobre nadie particularmente, y debia refundirla en la responsabilidad general de esta campaña horrorosa. Y sucedió lo contrario, pues, por afan de eximirse de cargos, ó por su pésimo humor creciente con las circunstancias, manifestó respecto de la conducta del mariscal Davout una desaprobacion, que cada cual se apresuró á acoger y á propalar a

impulsos del dolor que se experimentaba, y del placer siempre grande de menospreciar una reputacion hasta entonces sin mancha. Asi la especie en boga al fin de esta retirada espantosa fué que el mariscal Davout habia abandonado al mariscal Ney, pero que éste se habia salvado milagrosamente. Solo era verdad el segundo de estos asertos. Segun ya hemos dicho, Napoleon echaba en su camino sus primeros lugartenientes como víctimas á la fortuna, ¡Sacrificios vanos! Solo él, él solo podia aplacar muy pronto á esta deidad justamente airada de tantas insensatas empresas.

Estas jornadas costaron al ejército verdadero, al que aun llevaba armas, de diez á doce mil hombres muertos, heridos ó prisioneros: á la masa flotante costó siete ú ocho mil rezagados y grande porcion de bagages. En Orscha quedaban á lo sumo veinte y cuatro mil hombres con armas y veinte y cinco mil rezagados. Estos eran la mitad de los que salieron de Moscou, la octava parte de los cuatrocientos mil hombres que pasaron el Niemen (1). Respecto de los rusos, si el resultado era

(1) No se comprende cómo Mr. de Boutourlin, escritor grave, puede citar á cada paso guarismos tan extraordinariamente exagerados como los que se enuncian en su libro. Si se sumaran todas las pérdidas que despues de cada accion enumera, no quedaria un solo hombre en pié á nuestra llegada á Wiasma. Véase un singular ejemplo de estas exageraciones. Mr. de Boutourlin asegura que la jornada del 18 costó á los franceses ocho mil quinientos hombres del cuerpo de Ney capitalados, tres mil quinientos cogidos prisioneros por los rusos durante la refriega, sin contar los muertos (tomo II, pág. 229). No es mucho suponer que al mariscal Ney le mataran mil hombres sobre el campo de batalla, y asi los que capitularon y que-

grande para ellos, no así la gloria, pues con cincuenta ó sesenta mil hombres, provistos de todo y especialmente de una artillería inmensa, con una posición como la de Krasnoe, hubieran debido, ya que no detener al ejército entero, copar á lo menos la mayor parte, si después de pasar Napoleón con el príncipe Eugenio, se atravesaran de por medio

daron prisioneros y fueron muertos sumarian un total de trece mil hombres. Ahora bien, con su cuerpo y la división de Ricard no contaba Ney al salir de Esmolensko mas que siete mil soldados bajo su mando, ¿cómo pudo perder trece mil en aquella jornada? Además dice Bouthoulin en la página 251 del mismo tomo que en estas jornadas del 16, 17 y 18 de noviembre, las cuales califica de obra maestra del arte, perdieron los franceses veinte y seis mil prisioneros, diez mil muertos heridos ó ahogados y doscientos veinte y ocho bocas de fuego. Semejantes asertos son insostenibles. Por esta cuenta el ejército francés quedara reducido á la nada al llegar al Berezina. A su salida de Esmolensko ascendia á treinta y seis mil hombres con armas y cerca de treinta mil rezagados. Después de las fatales jornadas de Krasnoe solo contaba la Guardia unos ocho mil hombres, tres mil el príncipe Eugenio, ocho mil el mariscal Davout, mil y quinientos Ney, dos mil quinientos Junot é igual número Poniatowski; total veinte y tres mil hombres. Así trece mil fueron los que se perdieron á lo sumo. Resta averiguar cuantos rezagados fueron cogidos, y es mucho suponer que ascendieran á siete ú ocho mil entre todos, de lo cual resultaria una pérdida de veinte mil y no de treinta y seis mil hombres. Por lo que hace á la artillería, el ejército al salir de Esmolensko tenia ciento cincuenta bocas de fuego con tiros ¿cómo habia de perder doscientos veinte y ocho? Ciertamente nuestros desastres fueron grandes, y disimularlos seria tan pueril como lo es exagerarlos; pero téngase presente que con tal modo de contar no quedaria suficiente, no ya para nuevas exageraciones, sino para la simple enumeración de las pérdidas efectivas que experimentamos mas tarde.

en masa, pues así el mariscal Davout cayera con toda su fuerza en sus manos, y el mariscal Ney de seguida. Pero, codeándonos algo cada día, retirándose espantados tan luego como sentian el choque, dejaron que el ejército francés se salvara trozo á trozo, y el postrer día llegó su confusión al punto de no apoderarse del mariscal Ney, que no debió escapárseles de ningun modo. No recogieron mas trofeo que muchos de nuestros soldados muertos ó heridos bajo su espesa metralla, y muchos de nuestros rezagados, á quienes era fácil coger á centenares desde que la miseria les privó de armas. ¡Ah, muy grande fué el número así de unos como de otros! Resultados importantes eran sin duda y desconsoladores para los franceses, pero no maravillas del arte militar, dignas de los títulos que se han complacido en prodigarles. En estas operaciones habia un mérito sin embargo, uno tan solo, pero efectivo, la prudencia constante del generalísimo Kutusof, quien, contando con el clima y con el invierno, queria gastar poca sangre, y no aventurar nada ni aun para coger los mas brillantes trofeos. Aun con este designio, hubiera debido medir mejor la presa de que aspiraba á apoderarse; hubiera debido calcular la porción de nuestra larga columna á que habia de interceptar el paso, cortarla resueltamente, cogerla, y dejar que el resto siguiera adelante. Su prudencia, laudabilísima sin duda cuando se considera el conjunto de la campaña, no fué durante estas jornadas, que pudieron ser decisivas, mas que la de un viejo tímido é irresoluto de continuo, y glorificándose al fin de resultados, que eran obra de la fortuna mas que de su pericia.

Sea como quiera, después de abandonar Napoleón á Krasnoe, pernoctó el mismo 17 en Liady, el 18 en Doubrowna, el 19 en Orscha. Allí habia un puente sobre el Dnieper, y si Kutusof fuera á esperarnos á este punto, en vez de esperarnos en Krasnoe, es probable que no saliéramos de tal abismo, pues no pasáramos tan fácilmente el Dnieper como la quebrada del Lossmina, y por otra parte el rio no estaba aun bastante sólidamente helado, con especialidad en las cercanías de Orscha, donde tenia doscientas toesas de anchura, para que fuera posible pasarlo por encima del hielo. Felicitándose Napoleón de hallarse al fin en lugar seguro, y de hallar viveres, pues habia en Orscha almacenes bien provistos, hizo un nuevo ensayo para allegar á los desbandados por medio de distribuciones regulares. Un destacamento recientemente llegado de la gendarmería de preferencia tuvo á su cargo la policía de los puentes, para empeñar á cada uno con la persuasión ó á la fuerza á que se juntara á su cuerpo. Aquellos buenos soldados, acostumbrados á reprimir los desórdenes, que surgen á retaguardia del ejército, nunca habian visto cosa semejante y mostráronse consternados. Inútiles fueron sus esfuerzos todos, y de nada sirvieron las amenazas, ni las promesas de distribuciones á cada cuerpo. A los hombres aislados, armados ó inermes, les parecia mas cómodo, y sobre todo mas seguro, ocuparse de sí mismos, no mas que de ellos, no exponerse por la salvacion de los demas á quedar heridos, lo cual equivalia á ser muertos, y ya sacudido el yugo del honor, se negaban á someterse nuevamente á su influjo. Entre los desbandados algunos habian guardado sus ar-

mas, pero solo para defenderse contra los cosacos y para merodear mas fructuosamente. A medida que se prolongaba la retirada se habian acostumbrado á esta miseria, formándose en sociedades de marcha, viviendo de su propia industria, aprovechándose de la escolta de cuerpos armados, sin prestarles jamás ningun servicio, resistiéndose si se procuraba llevarlos á sus regimientos, no haciendo uso de sus armas sino contra los cosacos ó sus camaradas, merodeando, saqueando por el camino y á uno y otro lado, llevando su botin en carros, que contribuian á alargar las columnas, destruyendo tanto como consumian, prendiendo á menudo fuego para calentarse á casas, donde se alojaban oficiales ó heridos, muchos de los cuales perecieron así entre las llamas. ¡Tan necesario es el yugo de la disciplina sobre seres en quienes se ha desarrollado el instinto de la fuerza, para que no abusen de ella, y se trasformen en verdaderas fieras! Entre estos obstinados merodeadores se encontraban muchos antiguos prófugos y poquísimos veteranos, pues la mayor parte de estos perseveraban y morian á la sombra de su bandera. Detrás de los mas despiertos venia la muchedumbre de hombres débilmente constituidos, marchando sin armas, victimas de todos, así del enemigo como de sus camaradas, arrastrándose y viviendo como les era posible, sembrando los caminos ó los bivacuos con sus cuerpos extenuados, y defendiéndose apenas en su profundo abatimiento contra la muerte. Generalmente eran los mas mozos, los menos indóciles, los arrancados últimamente por la quinta de sus hogares.

Este contagio moral habia cundido hasta á la  
Biblioteca popular. T. XIV. 37

Guardia. Napoleon la juntó para arengarla, para traer el sentimiento del deber á su memoria, diciéndola que era el último asilo del honor militar; que á ella tocaba especialmente dar ejemplo, y salvar así las reliquias del ejército de la disolución de que estaban amenazadas; que, si la Guardia se hacia culpable á su turno, seria mas culpable que todos los demas cuerpos, pues no tendria la excusa de la necesidad, por habérsele siempre reservado los pocos recursos de que se disponia; que podria apelar á los castigos y mandar que se fusilara al primero de sus granaderos veteranos que se hallara fuera de filas, pero preferia contar con sus antiguas virtudes guerreras y obtener de su adhesión, no de su miedo, los buenos ejemplos que invocaba de su parte. A estos antiguos servidores, descontentos á veces, mas fieles al deber de continuo, arranco algunos gritos de asentimiento, y lo que era aun de mas precio, resoluciones de buena conducta, que á mayor abundamiento no eran nuevas, pues, exceptuando los muertos, casi todos los demas de la Vieja Guardia permanecian en las filas. De seis mil hombres que la componian al pasar el Niemen, sobrevivian cerca de tres mil y quinientos. Perecido habian los demas de cansancio ó de frio, muy pocos en el fuego: casi ninguno se habia desbandado. Diezmada la Joven Guardia por la fatiga y por el fuego, y algo tambien por la desercion de las filas, aun contaba dos mil hombres, y la division de Claparede mil y quinientos. Estos eran el último resto de los antiguos regimientos del Vístula. Entre la caballeria de esta Guardia se contaban aun algunos centenares de ginetes montados: al cuerpo seguian en bastante buen orden

los desmontados. Solo las tropas del mariscal Davout podian presentar un regular efectivo.

Atendiendo Napoleon á los inconvenientes de las largas hileras de carros, determinó que se quemasen todos los que no llevaran heridos ó familias fugitivas y no pertenecieran á la artilleria ó al arma de ingenieros. No reservando mas que uno para sí y para Murat, y otro para cada uno de los mariscales que mandaban cuerpo, hizo quemar implacablemente los restantes. Celoso por la conservacion de la artilleria y á pesar de las prudentes representaciones del general Eblé, quiso que fueran destruidos los dos trenes de puentes, que consistian en barcas llevadas sobre carros. Estos trenes fueron dejados en Orscha al partir hácia Moscou, y tenian de quinientos á seiscientos caballos de tiro fuertes y descansados. Segun calculaba el general Eblé solo con quince barcas de aquellas habria para echar un puente que pudiera ser utilísimo en determinados momentos, y que no exigiria para trasladarlo de un punto á otro mas que la tercera parte de los caballos disponibles. Pero Napoleon dispuso la destruccion de todas aquellas barcas, y solo á instancias del general Eblé se avino á que se llevara el material necesario para un puente de caballetes. A la sazón fueron destruidos la correspondencia militar de Napoleon y una porcion de papeles preciosos.

Tales esfuerzos, para que volviera á tener alguna unidad el ejército, fueron estériles ahora como antes. Viendo los soldados en perspectiva que aun necesitaban andar mucho camino y pasar muchos trabajos, no se prestaban á cambiar de costumbres. Fueran menester un descanso prolonga-



do, seguridad, abundancia y la inmediacion de cuerpos sanos, para obligarles á que se sometieran de nuevo al yugo de la disciplina. Apenas duró algunas horas la prohibicion de hacer distribuciones á los que no se hallarán en rededor de su bandera. Despues de un momento de rigor, ningun almacén quedó cerrado al hambre, pues esto equivaliera á provocar el saqueo. Por otra parte, aproximándose el enemigo, debía devorar el fuego lo que se dejara, y mejor era darlo á franceses á quienes solamente los padecimientos habian arrancado á la observancia de sus deberes.

De consiguiente las cuarenta y ocho horas pasadas en Orscha no sirvieron mas que para dar algo de descanso y de alimento á los hombres y á los caballos, lo cual no era indiferente de modo alguno, y para arreglar mejor los tiros de la artillería, de que aun se conservaron unas cien piezas bien municionadas, y finalmente para cobrar aliento y tornar á emprender tan horrorosa retirada. Pero la disciplina no ganó cosa alguna, pues la disolucion del ejército pertenecia al número de las enfermedades que no se pueden contener sino con la muerte del cuerpo que las padece.

En Orscha llegaron á asaltar á Napoleon noticias mas desconsoladoras que las recibidas hasta entonces. Decididamente el almirante Tchitchakoff habia tomado la delantera al príncipe de Schwarzenberg sobre el alto Berezina. Fluctuando este príncipe entre el temor de dejar á su espalda á Sacken en libertad de ir á Varsovia, y el de dejar á Tchitchakoff en libertad de trasladarse hácia el alto Berezina, tardó muchos dias en resolverse, y Tchitchakoff dirigióse por Slonim á Minsk. Para defen-

der este punto se encontraba allí el general Bronikowski con un batallon francés, alguna caballería francesa, y uno de los nuevos regimientos lithuanios, y ademas la hermosa division polaca de Dombrowski, que para guardar el Dnieper habia quedado á la espalda. Obligado el general Dombrowski á dividir sus fuerzas en diversos destacamentos, y teniendo ademas del duque de Bellune la orden de estar pronto siempre á concentrarse sobre Mohilew, no quiso juntarse al general Bronikowski para defender á Minsk, lo cual redujo las fuerzas de éste á unos tres mil hombres. Forzado se vió á evacuar á Minsk este caudillo despues de perder un destacamento de dos mil soldados fuera de la plaza, teniendo mucha parte de culpa uno de los nuevos regimientos lithuanios que arrojó las armas. A abastecer abundantemente esta ciudad habia dedicado todos sus esfuerzos Mr. de Bassano. De consiguiente allí se perdía uno de los principales puntos del camino de Wilna, y ademas subsistencias para mantener durante un mes á las tropas. Reunidos ahora, aunque ya tarde, los generales Bronikowski y Dombrowski, se trasladaron á Borisow junto al alto Berezina; pero, disponiendo á lo sumo de cuatro á cinco mil hombres, por consecuencia de las pérdidas del uno y de los destacamentos dejados en Mohilew por el otro, no estaban seguros de poder defender el puente de Borisow, y si caía en manos de Tchitchakoff este puente sobre el Berezina, quedaba el camino cerrado al grande ejército del todo, á no ser que se remontara hasta las mismas fuentes del Berezina. En este caso se exponia á encontrar á Wittgenstein, mas temible aun que Tchitchakoff, segun las noticias que aca-

baba de traer el general Dode de la Brunerie. Estas noticias no eran menos tristes que las anteriores.

Napoleon habia contado con que los mariscales Oudinot y Victor, á quienes suponía fuertes de cuarenta mil hombres, se llevarian a Wittgenstein y á Steinghel por delante, los arrollarian mas allá del Dwina, y seguidamente le traerian aquellos cuarenta mil hombres victoriosos, como Schwarzenberg y Reynier debian traerle, despues de batir á Tchitchakoff, los otros cuarenta mil hombres que tenian bajo su mando. De esta suerte hubiera reunido ochenta mil hombres, con los cuales pudiera descargar un golpe terrible sobre los rusos antes del fin de la campaña. Mas todo fué ilusion así á la parte del Dnieper como del Dwina. Ante todo, despues de la segunda batalla de Polotsk, que produjo la evacuacion de esta plaza importante, el general bávaro Wrede se dejó separar del segundo cuerpo, y quedóse hácia Gloubokoe con sus cinco ó seis mil soldados. Así el segundo cuerpo, cuyo mando habia tomado el mariscal Oudinot, hallóse reducido á diez mil hombres extenuados. Apenas conservaba veinte y dos ó veinte y tres mil el duque de Bellune con las tres divisiones del noveno cuerpo, debilitado considerablemente por las marchas que hizo. Opuestos á Wittgenstein y á Steinghel, que no contaban mas de cuarenta mil hombres despues de los últimos combates, hubieran podido batirlos. Pero Wittgenstein tomó posicion detrás de Oula que, segun hemos dicho, forma la union del Dwina y el Dnieper por el canal de Lepel y el Berezina. Ambos mariscales procuraron atacar á Wittgenstein en una fuerte posicion hácia Smoliantzy, y perdieron dos mil hombres sin lo-

grar desalojarle de ella, lo cual les redujo cuando mas á treinta mil soldados, y no se atrevieron á tentar nada decisivo, temiendo comprometer á un cuerpo que ofrecia á Napoleon el postrer recurso. Quizá no les fuera imposible emprender algo con mas armonia y arrojo, pero su situacion era muy ardua y su perplejidad naturalísima. A instancias del general Dode, se reunieron, despues de estar separados un momento, con el fin de operar juntos, y aguardaban en Czereia, á dos marchas del camino que seguia Napoleon y hácia la derecha, sus órdenes definitivas. Estas órdenes iba á pedir el general Dode, despues de exponer con exactitud suma cuanto habia pasado á orillas del Dwina (1).

Si se hace memoria de los lugares ya descritos, se comprenderá fácilmente la situacion de Napoleon en este instante. Al marchar sobre Moscou habia pasado por el espacio que dejan abierto el Dwina y el Dnieper entre Witebsk y Esmolensko. A la ida tenia el Dwina á su izquierda y el Dnie-

(1) La parte que el general Dode tuvo en estos sucesos y las escenas de que fué testigo, se han presentado de la manera mas diversa y mas inexacta, lo cual se explica porque jamás dió comunicaciones precisas sobre punto tan importante de la historia. Este hombre respetable y veraz, uno de los mas ilustrados y de los mejores de nuestros dias, ejecutor con el mariscal Vaillant del magnifico monumento levantado en las fortificaciones de Paris á la defensa de Francia, tuvo la bondad de escribir y de enviarme el año de 1849, poco antes de su fallecimiento, una relacion minuciosa de cuanto vió en la época del paso del Berezina. Tambien el general Corbineau tuvo la bondad de hacer lo propio algunos años antes, y de sus relaciones, firmadas de su puño y muy fidedignas, tomo la mayor parte de los hechos que voy á referir ahora.